

**JOSÉ LUIS
TORRES VITOLAS**

12 DE OCTUBRE

EL MINUTO INFINITO

037

**MENTE POSITIVA
KIKE EL SUPERNINO
VIERNES
DICIEMBRE
1999**

CASA DE CARTÓN

5:37

José Luis Torres Vitolas

5:37



© José Luis Torres Vitolas, 2008.
© Editorial Casa Cartón Perú E.I.R.L., 2017
© Diseño de cubierta y de interiores: Servicios editoriales
Eclipsa, 2017

Editorial Casa Cartón Perú E.I.R.L.
Calle Madrid 222, Ate
Lima, Perú
Teléfono: +51 1 3493507
editorial@casadcarton.es
www.casadcarton.com
www.casadcarton.es

Obra Finalista del V Premio Iberoamericano Cortes de Cádiz.
Versión reducida de la publicada en España, 2009.

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Diciembre, 2017
Tirada de 3000 ejemplares
ISBN: 978-612-46943-6-3

Impreso en Perú
IAKOB Comunicadores & Editores S.A.C.
Jr. Manuel Segura 775
Lince, Lima. Julio 2017.

Índice

| | |
|---------------------------|-----|
| 12 de Octubre | 9 |
| El minuto infinito | 23 |
| Una más, compadrito | 33 |
| Negra | 47 |
| Viernes..... | 55 |
| Mente positiva | 61 |
| Kike, el superniño..... | 73 |
| Ataúd | 81 |
| Dicen..... | 99 |
| Diciembre..... | 107 |

12 de Octubre

Él siempre venía al final de la tarde, con el viento cargado de polvo, con el aroma del cementerio que bajaba de los cerros y la música estridente de los chichódromos que, tras sus pasos, abrían las puertas a la noche. Era bajo, más grueso que gordo, con el cuerpo inclinado hacia delante como si además de la carretilla llena de basura, cargase algo mucho más pesado. Tenía la mano derecha estropeada, doblada hacia el interior del brazo y solo podía mover dos dedos de ella: el pulgar y el índice. También cojeaba, arrastrando su pierna izquierda por la calle. Su rostro era vulgar, simple, a no ser por la expresión de miedo y una eterna barba incipiente, como si miles de patitas de mosca rodeasen sus labios que, después de que él tocara el timbre de alguna casa, explotaban casi en llanto: ¡Basura! ¡Basura!

Todos lo llamaban Tito, pero nadie sabía cuál era su verdadero nombre. Él tampoco recordaba los rezagos de qué diminutivo eran aquellas dos

sílabas. Ti-to, a veces escudriñaba las múltiples calles de su memoria sin hallar la dirección correcta. Todas lo extraviaban, lo llevaban por caminos hueraños que terminaban en el mismo lugar de siempre: el cementerio.

Allí vivía él.

Muchos años atrás, una mañana, la gente de Carmen Alto despertó y vio una pequeña choza hecha de cartón en el terral donde sepultaban a sus muertos.

Nadie reclamó. Solo algunos curiosos observaron en silencio cómo cada noche se encendía una fogata que titilaba como si una estrella amarilla hubiese caído sobre la voraz oscuridad del cerro.

Antes, en aquel lugar clandestino, sobre el montículo de tierra, la identidad del difunto era solo una piedra grande y letras escritas con pintura. Eso cambió con Tito. Después de instalarse, durante meses, fue reemplazando las piedras por pequeñas cruces que hizo con los restos de madera que rescataba cada tarde de las casas en construcción o de cualquier escondrijo para ponerlos encima de su carretilla repleta de basura.

Con los nombres tuvo problemas. El tiempo, la humedad, el polvo del cerro habían borrado varias identidades dejando solo manchas sobre las piedras. Él trató de descifrarlas, de indagar por

Carmen Alto acerca de esos difuntos. Esto le significó meses buscando vestigios de los cadáveres en las calles, en las casas... Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, muchas cruces quedaron vacías de apellido, de familia, de pasado con las astillas enhiestas reclamando un nombre. Y Tito se los puso. Les inventó una historia, primos lejanos, tías, tíos, hermanos, conocidos de conocidos que mandaban saludos y rezaban todavía con una vela encendida recordándolos. Él pensaba que si había algo más triste que olvidar a un vivo, era olvidar a un muerto. Por eso, comenzó a hablarles por las noches con el calor de la fogata que bailaba alegre sobre la leña. A los que sí tenían parientes, también les narraba con su voz de llanto qué habían estado haciendo sus nietos, hijos, hermanos, esposas, cuando él pasaba por la tarde.

Al poco tiempo, después de terminar las cruces, al pie de cada una, puso latas vacías de leche.

—¿Para qué es eso? —le preguntó una vez la señora Ana.

—Para que el doliente pueda poner unas flores —respondió sin alzar la vista.

Así, aquel lugar se convirtió en el cementerio del Tito. Desde entonces, algunos le pagaban veinte céntimos por tener arreglada una tumba. Él recibía esas monedas agachado, con la mirada en

la tierra, con las patitas de mosca alrededor de sus labios vibrando, llorando: Gracias... Gracias.

La fecha que más dinero obtenía era el primero de noviembre, el día de los muertos. Cada año, apenas amanecía, desde los asentamientos humanos, desde las pequeñas casuchas de paja al pie del cerro, y hasta desde más allá de la avenida 12 de Octubre, donde las casas ya eran de cemento, subía la gente en grupo, con botellas de cerveza, con radios, con cestas repletas de comida.

Gracias por atender a mi vieja. Ay, Tito que sería de la finadita doña Sunta sin ti. Dios te guarde, mi Jacobo nunca estuvo tan bien cuidado. Lo abrazaban, le ofrecían tragos de cerveza, le regalaban propinas, le invitaban a cantar huainos, pero él se alejaba, se mantenía en la puerta de su choza de cartón, con la escoba lista para barrer la tierra y dejar impecable el lugar para el día siguiente.

Cuando terminaba todo, limpiaba cada tumba, arreglaba los destrozos de los ebrios y compartía las flores para que ninguna de sus cruces se sintiese sola, despreciada en un día tan importante.

Con los años, aquel cerro rudo, de tierra vil, oscura, de cicatrices bruscas y piedras grises, cedió un espacio para Tito. Desde lejos, desde la 12 de Octubre, la única vía que comunicaba a

Carmen Alto con la ciudad, podía distinguirse en la ladera muerta, un espacio verde, un jardín que iba creciendo sigilosamente.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntaba al principio doña Adelita.

—Sudor y lágrimas, doña. A las plantas les gusta eso... —respondía él, siempre agachado, siempre sin mirar a nadie y más en aquella casa, donde vivía Inés.

Inés, Inés, susurraba a menudo, por aquel tiempo, contemplándola desde lejos todas las tardes junto a la anciana. A diario, después de haber recorrido todo Carmen Alto, regresaba al cementerio por esa calle solo para verla. No le importaba demorarse dos horas más y subir de noche al cerro. Le gustaba detenerse unos segundos allí, frente a la ventana de esa casa de paredes grises y mirar a Inés sentada bajo la lámpara haciendo sus deberes del colegio. En ocasiones la oía tararear una canción antigua que él conocía. Entonces, repetía la letra despacio, también canturreando en voz baja, para conversar con ella a través de esa melodía. Aquellos días eran los mejores, los más alegres, y contento partía hacia el cementerio.

Sin embargo, cuando recogía la basura de doña Adelita era distinto. Más, si era Inés quien abría la puerta. Vaciaba veloz el costalillo de ellas sin

alzar la vista, sintiendo el sabor amargo de las patas de mosca en sus labios. Luego, al recibir los cincuenta céntimos, el «gracias» en su boca lo encontraba sucio y le daba vergüenza. Se iba rápido, con los ojos desde el principio huyendo al suelo, a la calle, a donde sea. En su mano buena veía cómo se contaminaban las monedas, se cubrían de mugre, de basura y le daban más asco que las cucarachas que corrían de un desperdicio a otro dentro del pantano marrón formado en su carretilla. Esas monedas jamás las arrojaba o las gastaba. Las limpiaba por horas hasta dejarlas brillantes y, luego, las guardaba en una caja de cartón anotando las fechas. Después, por las noches, con la fogata encendida, las sacaba para contarles a las cruces, a las flores, cómo era ella.

Dale rosas. No, mejor llévale geranios. Girasoles. Obséquiale girasoles, le recomendaban las voces en la oscuridad del cerro. No les hagas caso. Regálale orquídeas, decía doña Sunta, la más anciana de las muertas. Ándate a mi casa, en el jardin-cito de afuera tengo enterradas unas cosas. Anda nomás, Tito... Allí hay una cajita de cartón con hilos que me regaló mi madre, un dedal que me compré para ya no hincarme al coser la ropa y una bolsa de semillas que guardaba para sembrar después en una macetita transparente. Vamos,

anda, Tito. Cógelos, nomás. Nadie te va a decir nada. Si no fuera porque tú nos atiendes tanto, no te ayudaría. Vamos. Sí, y después lo traes aquí y los entierras junto a mis huesos, le animaba la Lita que se despertaba siempre tarde. Yo te los caliento bonito para que crezcan como se debe. Yo tenía una mano para los pasteles y las flores. Para las cosas dulces, pues... En la parroquia del padre Benito yo era la que tenía tan bien casi todas las plantitas. Ay, quién cuidará ahora de ellas... Pero tráelas nomás, Tito, y vas a ver... Todos juntos recolectaremos agua en las latas que nos pusiste y con el rocío las riegas. Vamos, Tito. Ánimo, muchacho, hasta don Jacobo le palmeaba la espalda: Esa chica es linda.

Tito los escuchaba siempre agradecido y les contaba más sobre Inés hasta quedarse dormido. En ocasiones, todos le cantaban canciones para que se calmase o le contaban aquella historia que le gustaba tanto. Pero él, al dormir, no soñaba lo que quería. Soñaba otras cosas, otras que le daban miedo y se despertaba temprano para regar las plantas, para limpiar la tierra del cementerio, para acomodar las cruces y escoger entre la basura del día anterior su almuerzo.

Eso hizo siempre porque el dinero que ganaba jamás lo gastó en él. Todo lo hacía por su jardín,

por el cementerio que los muertos bautizaron como «El paraíso bajo el cielo». Compraba abono, semillas, humus, hasta tierra y la mancha verde le fue ganando al color cenizo del cerro y fue subiendo, subiendo cada vez más, alumbrada por esa estrella amarilla que era la fogata por las noches. Las plantas ascendían despacio, entre las tinieblas, arrulladas por la voz de Tito que hablaba de Inés. E Inés, Inés, también repetían los muertos como plegaria y el nombre de ella se diseminó en el cielo yerto hacia más allá de los cerros, más allá de Carmen Alto, donde el eco mortecino alcanzó a otros difuntos que sí habían sido enterrados en cementerios de verdad, con lozas de mármol y piedras pulidas. Estos escucharon atentos el rumor, sintieron la brisa de aquel nombre que repetían también con la convicción de que al hacerlo, alcanzaban a ver un edén bajo el firmamento. Entonces, cansados, empezaron a salir de sus recintos olvidados, de sus lápidas gastadas con flores secas, podridas hace ya tanto tiempo. Se levantaron con dificultad, con el alma entumecida o acalambrada por el encierro, mientras, perplejos, oían ese murmullo, ese nombre, Inés, Inés, que se propagaba con la noche, y que los instaba a avanzar, a buscar entre las calles el principio de esa única avenida solitaria de nombre 12 de Octubre que los llevaría a un mundo diferente.

Pronto, todos los muertos de la capital empezaron a deambular desesperados por ese laberinto caótico, ruidoso, sucio de vida, que los encerraba, impidiéndoles hallar esa vía asfaltada que serpeaba y se extendía hasta aquel lugar donde unas manos torcidas le habían robado un poco de misericordia a Dios entre las piedras. Muchos muertos se perdieron en la ciudad por años, pero otros, con más suerte, llegaron exhaustos y se posaron en piedras, en plantas, o en algún grano de la tierra del jardín del Tito. Y solo entonces, al caer la noche, sentían alivio al percibir bajo el calor de la fogata ese murmullo dulce que los atrajo, esa voz de llanto que hablaba de Inés mostrándoles unas monedas que guardaba en una caja secreta de cartón y comprendían que al fin habían encontrado el paraíso. Por eso, a la mañana siguiente, todos, hasta los nuevos muertos, esperaban ansiosos esas manos, esos mimos que removían el suelo, que los acariciaba a cada uno y ya nunca más se sentían solos. Y la mancha verde así, fue creciendo despacio, extendiéndose por la falda del cerro, aún sobre las piedras, y empezó a subir, subir, subir hasta la cumbre, donde una cruz más grande se erguía vanidosa, rozando las nubes grises del cielo.

Esa cruz a Tito no le gustaba. Sentía que con ella todo Carmen Alto era una gran tumba. Percibía

que todo aquel lugar marginado de la capital estaba descompuesto, olvidado como los muertos, y que solo era un depósito de desperdicios, un terral más en donde se descomponían las esperanzas hasta oler a basura, a deshecho, a putrefacción. Más aún desde aquella tarde cuando Inés se fue.

Fue un día cuando la noche llegó despacio, con la oscuridad cayendo a gotas del cielo. De regreso, como de costumbre, Tito se detuvo frente a su ventana y no la vio. Esperó, pero fue inútil. Solo hasta que atisbó a doña Adelita llorando, comprendió lo sucedido.

No regresó al cerro. Aquella vez, la fogata no brilló en las tinieblas. Tampoco los días siguientes. De Tito no se volvió a saber y la gente empezó a murmurar, pero nadie quiso ir a buscarlo.

Días después, don Raúl encontró la carretilla a un lado de la 12 de Octubre. Ese fin de semana, don Andrés, en su taxi azul, aseguró haberlo visto caminar sin rumbo. Lo llamó, pero Tito huyó arrastrando su pierna, con cara de espanto, como si estuviese preso de una nueva libertad extraña o como si huyese de ella.

Entre tanto, los desperdicios, los restos de Carmen Alto se fueron acumulando. Como los camiones de basura nunca llegaban hasta allí, los montículos de deshechos coparon los pocos par-

ques y el olor a descomposición, a miseria podrida trajo consigo el recuerdo de la necesidad imperiosa de aquella imagen corva, contrahecha del hombrecito de la carretilla.

Solo entonces empezaron a buscarlo.

La gente salió de sus casas, conversando, entumecidos, acalambrados por la costumbre de permanecer cada quien en su recinto. Indagaron por huellas, rastros. Un grupo subió al cerro y revolvió la casucha, pero no lo encontró. ¡Ti-to!, ¡Ti-to!, era el grito unánime que se mezclaba con el polvo de las calles. Durante la misa de aquel domingo, el padre Benito dijo que debían orar por aquel buen hombre y rezaron unas avemarías para que apareciese sano y salvo. Las ancianas, piadosas, robaron velas misioneras de la iglesia. En casa, cada una las prendió para pedirles a sus parientes difuntos que las ayudasen, que tuviesen consideración, que no podían seguir viviendo rodeadas de tanta basura. Pero lo que ellas no sabían era que los muertos también, desde el primer día que notaron la ausencia de Tito, habían empezado a buscarlo.

Y fue uno de ellos quien lo encontró. Cómo me has hecho caminar, muchacho, sonrió don Jacobo al verlo, pero Tito no respondió. Estaba tirado de bruces, con el rostro sucio, lleno de barro y la mirada extraviada en un lugar más extraño

que la vida. Don Jacobo se asustó. Dio aviso de inmediato. Pronto, todos los muertos llegaron a aquel lejano limbo de tierra. Trataron de abrigarlo, de abrazarlo. Vuelve, hijo. No estás solo. Te queremos, le susurró al oído doña Sunta. La Lita le dio un beso en la mejilla, pero las patitas de mosca no respondieron. Los demás, incluidos los nuevos muertos se acercaron para animarle, para decirle que lo querían. Vamos, levántate, hijo, le dijo don Jacobo, pero Tito siguió inmóvil, inútil, sobre su sombra. Desde lejos, llegó un grupo de Carmen Alto y, juntos, muertos y vivos, lo subieron al taxi de don Andrés para llevarlo a un hospital de la capital.

Ninguno lo recibió. No está asegurado y no tiene DNI, era la respuesta común y el taxi azul regresó de madrugada con el cuerpo.

Nadie supo qué hacer. Solo doña Adelita atinó a sugerir que lo podía alojar en casa.

Allí, la anciana se dedicó a cuidarlo. A diario la gente acudía a preguntar por su mejoría. Y cada mañana, la respuesta era la misma: Ha comido muy poco. No habla. Sigue como dormido casi todo el tiempo.

Aun así ella siguió atendiéndolo, alimentándolo, pero, sobre todo, hablándole. Le contó de sus viejos amigos, de don Jacobo, de doña Sunta,

de la Lita, con quien arreglaba el jardín de la parroquia. También le narró la historia de la Paichaco, sobre una niña joven perdida en un bosque de ánimas en pena y perseguida por una bruja maligna. Doña Adelita le habló de todo. De sus temores, de sus secretos, de sus vergüenzas, hasta que, poco a poco, empezó a mencionar a Inés. Primero, solo como un nombre que aparecía de casualidad en otra historia mayor, más compleja. Después, era ella, el relato más importante, más vital.

—¿Sabes? —le dijo una noche—, Inés al levantarse veía tu jardín en el cerro. Siempre decía que sería muy bonito vivir y morir allí. Recuerdo que solía creer que tu fogata era una estrella y que brillaba solo para ella. Tú sabes cómo son las niñas, tienen la imaginación muy grande, quizá tanto como los ancianos.

Después, doña Adelita se quedó en silencio, como si estuviese muy cansada para agregar algo más.

Él oyó a la anciana y, por primera vez en mucho tiempo, pudo dormir tranquilo, contento de ser solo Tito. Así, Tito, no el retazo de un nombre olvidado, sino un nombre completo, un nombre necesitado, porque recién en ese momento solo el hecho de ser requerido en aquella tumba enorme de Carmen Alto, era suficiente.

Dos días después se levantó, dio gracias a doña Adelita y partió hacia el cerro. Por varios años, la estrella volvió a brillar todas las noches en la oscuridad, hasta la madrugada de aquel viernes de diciembre, cuando la anciana falleció y se acercó a llamarlo.

Tito apagó su fogata y salió con la carretilla temprano. Hizo varios turnos ese día. Limpió Carmen Alto de todo vestigio de mugre, de desechos, porque sabía que Inés iba a volver.

A las 5:37 de la tarde, dobló la esquina. Vio a Inés salir del velorio sin despedirse de nadie. Aceleró el paso empujando la carretilla limpia, sin basura, con su caja de cartón llena de monedas en el centro para que ella lo viese. Las luces de los postes se encendieron, parpadeando al despertar de su largo letargo. Tito continuó detrás, sin reconocer el mismo recorrido que todos los días había hecho por años. Solo veía a Inés. Su horizonte, su destino. Pero ella no se percató de él, porque había algo en el aire, en el cielo agónico que la guiaba hacia el pasado, hacia un cerro de laderas verdes que la estaba esperando. Y ambos, ascendieron hasta desaparecer en la oscuridad.